

El moro y la cristiana

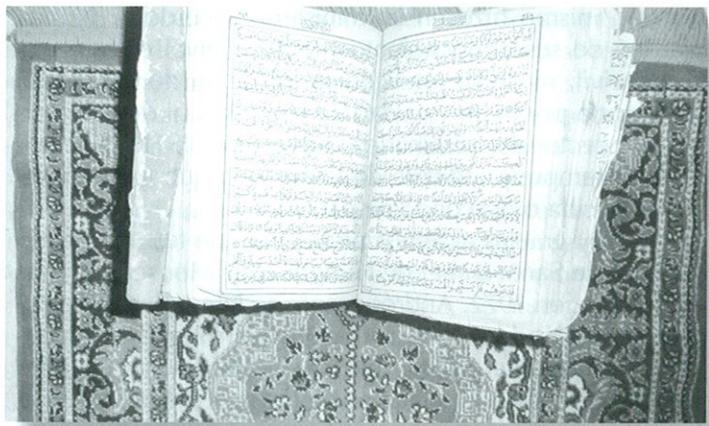
En los años ochenta del pasado siglo, yo estuve encargado del barrio de Sardina de Gáldar, perteneciente entonces a la jurisdicción de la parroquia de San Isidro. Pedí a los feligreses que acudían a la ermita de San Pedro González Telmo a participar de la Misa, que me informasen de las personas que, por estar enfermas o impedidas, deseaban que les visitase y llevase la Comunión. Me dieron el nombre de Eufemia, que vivía en la zona baja del barrio, junto a su marido llamado Juan de Dios o Juanito. Lo cierto es que su nombre verdadero era Benlema Harfi, natural de Marruecos y de confesión musulmana. Benlema había venido a la isla en busca de trabajo y lo encontró en Botija, en la aparcería de tomates de Juliano Bonny. Allí conoció a Eufemia, aparcerera también. Eufemia procedía de Caideros. Ambos se enamoraron y formaron pareja. Vivían en una casa terrera. Tuvieron un hijo, que se casó con una joven de La Montaña de Gáldar.

Julio Sánchez

La primera vez que fui a visitarlos, me esperaban y estaba la puerta abierta con el gancho. Eufemia estaba sentada en un sillón, cerca de la entrada, mientras que Juanito estaba al fondo leyendo el Corán, en lengua árabe, con continuos movimientos de cabeza. No quise interrumpirle. Me senté junto a Eufemia y le pregunté por su salud y por su procedencia. Le pregunté si quería confesarse y recibir la Comunión. Y me dijo que sí, que desde su primera comunión recibía con frecuencia a «Padre Dios». Se confesó, le di la absolución y rezamos las oraciones preparatorias de la Comunión. Finalmente invocamos a la Virgen rezando el Ave María. Luego me acerqué a saludar a Juanito. Le dije mi nombre y le pregunté si le gustaba leer el Corán. Me contestó: «Es bueno, es muy bueno». Entonces le comenté que yo también había leído el Corán y le recité el principio de la primera azora: «En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso». Noté que Benlema se emocionó y me dijo: «Julio, tu ser buen amigo». Y nos despedimos. Eufemia me agradeció mucho que hablara y me hiciera amigo de su esposo.

Al mes siguiente, llevé conmigo El Corán en español, editado por Planeta en 1963 y que he leído con frecuencia. Se lo mostré a Benlema y se volvió a emocionar; incluso le salieron algunas lágrimas cuando le leí diversas aleyas (versículos) de las azoras (capítulos) II y V: «Este libro, no hay duda en él, es una guía para los piadosos, quienes creen en lo desconocido, asisten a la oración y que, de los bienes que les dimos, gastan en limosnas... Recordad la bondad de Dios y la alianza que os aceptó cuando dijisteis: Oímos y obedecemos. Teme a Dios. Dios conoce bien lo que encierran los pechos». En el mes de diciembre estuve hablando con Benlema de las cosas hermosas que dice el Corán sobre María y su hijo Jesús. Como en los Evangelios, el parto de María fue virginal, por obra del poder de Dios. Le leí las palabras que dijo el niño en la cuna: «Yo soy el siervo de Dios. Él me ha dado el Libro y me ha hecho Profeta; me bendice dondequiera que esté y me ha prescrito, mientras viva, la plegaria, la limosna y el cariño filial a mi madre. Dios no me hecho violento, orgulloso». Estas palabras también gustaron mucho a Eufemia.

Estas visitas se prolongaron al menos hasta el año 1989 en que me nombraron párroco de Agaete. Antes vi-



Coran de Benlema Harfi

ví un hecho sorprendente, por inédito e inesperado. Fui a llevar la comunión a Eufemia. Me di cuenta que Juanito estaba acostado en la cama y pensé que estaba durmiendo. Cuando Eufemia y yo terminamos de rezar el Ave María, me llamó Benlema diciéndome: «Julio, siéntate aquí a mi lado en mi cama que tengo que hablar contigo. Mira, yo ya estoy viejo y enfermo, y he perdido la vista. Ya no puedo leer el Libro. Temo que cuando yo muera tiren el Libro a la basura. Este libro lo tengo desde que yo era niño. Me lo dieron mis padres. Nunca me he separado de él y todos los días he rezado cinco veces a Alá leyéndolo. Yo sé que tu eres amigo mío y que te gusta mucho el Libro. Yo te lo voy a dar a ti para que lo guardes como un recuerdo mío. Julio, por favor te pido que te lo llesves a tu casa y lo pongas en un sitio bueno, que lo veas siempre y te acuerdes de mí. Tómallo». Me entregó el Libro y yo le prometí que le haría un altar en mi casa para que todos lo respetasen. Mi emoción fue tan grande que me despedí de él y de Eufemia con lágrimas en los ojos.

El Libro, viejo por el tiempo y desgastado por su uso, que me dejó en herencia Benlema, lo tengo en mi casa abierto en un artístico atril de madera y delante, en el suelo, una alfombra árabe que representa la «alquibla», hornacina que orienta a los musulmanes a la Meca. Me agrada tomarlo en mis manos y contemplar la elegante y para nosotros enigmática caligrafía arábiga. ¡Cuántos misterios, pensamientos y plegarias esconden sus páginas!

Eufemia y Benlema, humildes aparceros, vivieron un matrimonio ejemplar. Ambos se amaron y, por ello, respetaron sus creencias y religión. Un admirable testimonio para nuestro tiempo.